

## EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

Un Sermón, en el Crepúsculo del Sábado, hacia Laetare, 2010  
PREDICADO en LAETARE, Marzo, 14mo., 2010. JOHANN., VI. 56.

M. Reverendo Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

---

Caro enim Mea vere est cibus: et sanguis Meus, vere est potus.

*"Mi carne verdaderamente es comida; y Mi sangre verdaderamente es bebida." Johann., VI.56.*

---

### IN NOMINE IESU

1. Cuando el Señor ejecuta alguno de Sus designios extraordinarios, mis amigos, por lo general prepara a ciertos hombres o mujeres, por medio de la profecía o la revelación de Sus propósitos. Cuando decidió destruir la tierra por medio del Diluvio, dio a conocer tal devastación por Noé, unos cien años antes de que aquél tuviese lugar. Cuando el Hijo de Dios se hizo Hombre, e iba a manifestarse a Sí mismo al mundo, públicamente, como el Reparador del pecado de Adán, que afecta a toda su descendencia, envió a Juan el Bautista a disponer un pueblo para Su Venida. Y no sólo predijo la Destrucción de Jerusalén a través de Sus Profetas, mas todavía describió los signos por los cuales los hombres sabrían que el Fin del Mundo se aproxima. Las guerras, el hambre, y los continuos terremotos y tsunamis que se están sucediendo, como nunca antes, desde el Nacimiento del Salvador, son parte de estos signos, no tan eminentes ni tan ocultos, al ojo de los ignorantes, como el Reino del Anticristo, bajo el cual vivimos 'en el ámbito global;' y *la abominación de la desolación en el Lugar Santo, esto es, la cesación de manera general del Sacrificio Continuo, la Santa Misa.* Los apóstatas que ahora pretenden 'restaurar' una Misa en Latín, lo hacen porque saben que los que ofician carecen del sacerdocio de Melquisedec, por lo cual la supuesta 'Misa' es una mera pantomima, sin realidad alguna. Retomando el curso de nuestra alocución, hallamos que el Divino Maestro decidió preparar el pensamiento de los Judeanos y de Sus Discípulos para la nueva y sagrada doctrina del Santísimo Sacramento del Altar; y cuando estaba anunciando este gran misterio al mundo, veló misteriosamente sus maravillosas instituciones y efectos al obrar el milagro que trae el Evangelio de este día, la alimentación de los cinco mil con cinco panes y dos peces.

2. Entre todas las doctrinas de la Iglesia Cristiana, Católica y Ortodoxa, y pese a la saña de los herejes y los Sacramentarios, no hay una que descansa sobre mayor fundamento Escritural, que aquella de la Presencia Real de Cristo en la sacra Eucaristía. Los cuatro Evangelistas, amigos míos, no siempre permanecen o se extienden sobre los mismos misterios de la fe. Sus narraciones parecen, mejor, suplementarse las unas con las otras, de modo que esta aporta aquello que la otra omitió, o meramente lo menciona como al pasar. Pero sobre el Santísimo Sacramento, ellos dejan ver una clara excepción. Hallamos que los cuatro, junto con San Pablo, han escrito cada uno a su tiempo, tan explícita y abundantemente sobre este asunto, que tan sólo uno de ellos (esto es, aún sin la evidencia común de los demás,) prueba ampliamente el dogma. Mateo y Marcos, Lucas, Juan, y Pablo, dan el peso de su testimonio individual a la doctrina de la bendita Eucaristía, porque ellos previeron; o, mejor dicho, el Espíritu Santo hablando por sus labios, previó, que este gran misterio, cuya inteligencia y beneficio demanda un alma consagrada para el ejercicio de la fe, sería, tarde o temprano, contradicho por los enemigos de Cristo y aquellos que entienden erróneamente las Sagradas Escrituras. Mucho podría hablarles sobre esto, acerca de cómo Lutero, por un lado, atacó a la Santa Misa, en tanto, por el otro, defendía la Presencia Real y elevaba la Eucaristía para ser adorada, ganándose el odio de propios y extraños; y de cómo los Sacramentarios, a quienes siguieron más tarde los Reformados, esto es, los Calvinistas, y otros como ellos, cuando la intrincada y *espiritualista* doctrina de Calvino fue contradicha por sus herederos. Tristeza sobre tristeza; Lutero y Calvino se alzaron impíamente contra el Sacrificio y Sacramento de la Misa, y luego sus propios herederos desecharon las opiniones de sus fundadores, cayendo en la herejía final. Así comenzó a cumplirse la profecía típica de Daniel, sobre la abominación de la desolación en el Lugar Santo, cuyo antitipo o cumplimiento *ha sido la abrogación casi completa,* al menos en ámbito público, *del Sacrificio continuo* (Daniel 8,) profanación que inició la Reforma y se profundizó en Occidente a mitad del siglo pasado, por la caída del papado conservador a manos de la Secta del Novus Ordo, como habitualmente se la define en el ámbito de las distintas resistencias.

3. Expondremos hoy a la congregación, tres conjuntos de textos del Nuevo Testamento, los cuales, por sí mismos, demuestran a satisfacción la Presencia Real de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento del Altar. La primera de ellas proclama,

**I. La Promesa de la Eucaristía.** Luego veremos, **II. Su Institución.** **III. Su recepción de parte de los fieles.**

I. Para comenzar, *la Promesa.* Cuando Jesús se hallaba cierta vez predicando cerca de las costas del Mar de la Galilea, una gran muchedumbre le seguía, atraída por los milagros que Él obraba, y las palabras de salvación que expresaba. Al ver que las gentes nada tenían para comer, multiplicó cinco panes y dos peces, de tal modo, que bastó para alimentar a cinco mil hombres, sin contar a sus hijos y a las mujeres. Entonces, beneficiándose de la ocasión, les habló del Sacramento de Su Cuerpo y de Su Sangre, que daría en el futuro; no a unos pocos

miles, mas a millones de almas; no en un lugar; más por doquiera; no en una oportunidad, más cada día, aún hasta el Fin del Mundo. 'Yo Soy,' dijo 'el Pan de Vida. Vuestros padres comieron Maná en el desierto; y murieron. Yo Soy el Pan Vivo, que bajó del cielo. Si algún hombre come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré, ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO;' (Johann., VI. 48, 49, 51, 52,) esto es, la de aquellos que son del mundo de los elegidos. 'Los Judeanos, entonces, discutían entre sí, diciendo, ¿Cómo puede este hombre darnos a comer Su carne? Entonces Jesús les respondió, 'Amén, en verdad os digo, a menos que comáis la carne del Hijo del Hombre, y bebáis Su sangre, no tendréis vida en vosotros. Aquel que come Mi carne y bebe Mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el Último Día. Pues Mi carne es verdaderamente comida, y Mi sangre, verdaderamente bebida.' (Johann., VI. 54-56.) '*Caro enim mea vere est cibus : et sanguis meus, vere est potus.*' Dice que verdaderamente comemos Su carne y bebemos Su sangre. Las Biblias falsas que infestan el mundo han alterado este versículo. 'Pero nosotros no somos como la mayoría, que adultera la Palabra de Dios; con sinceridad, como de Dios, delante de Dios, en Cristo os hablamos,' *'non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei sed ex sinceritate sed sicut ex Deo coram Deo in Christo loquimur.'* (II Cor., II. 17.)

1. Si vosotros, mis amigos, os hubieseis hallado entre los escuchas, en aquella ocasión, ¿no os habríais sentido compelidos, irresistiblemente, por la noble simplicidad de Sus palabras, a comprender que Él hablaba de Su Cuerpo y de Su sangre? Su lenguaje no es susceptible de otra interpretación. Cuando Jesús dice a los Judeanos, 'Vuestros padres comieron Maná en el desierto, y murieron; pero aquel que coma este pan, vivirá para siempre' (Johann., VI. 59,) bajo toda evidencia desea afirmar la superioridad de la comida que preparó para darles, sobre el maná por el cual los hijos de Israel fueron alimentados en el desierto. Ahora, si la Eucaristía fuera tan sólo pan y vino conmemorativos, en lugar de ser superiores, serían realmente inferiores al antiguo Maná, pues el Maná fue un alimento sobrenatural, celestial, un alimento milagroso, en tanto que, si hablamos de mero pan y mero vino, se trata de alimentos materiales, naturales.

2. Los más aptos y confiables intérpretes de las palabras de Nuestro Salvador, son, por cierto, la muchedumbre, y los discípulos, que le escuchaban. Todos ellos comprendieron el significado de Su lenguaje, precisamente como siempre lo ha explicado la Iglesia Católica y Ortodoxa. El Evangelista nos dice que los Judeanos 'debatían,' o 'discutían,' entre ellos, diciendo, '¿Cómo puede este hombre darnos a comer Su carne?' Sus discípulos, aunque evitando el irreverente lenguaje de la turba, expresaron sus dudas en forma más suave; 'Dura es esta palabra, ¿y quién puede escucharla?' (Johann., VI. 61.) De tal manera les conmovió la Promesa de Nuestro Señor, que 'luego de esto,' dice San Juan, 'muchos de Sus discípulos se apartaron, y ya no caminaron con Él.' (Johann., V. 67.) Abiertamente queda implicado en estas palabras de los Apóstoles, que ellos comprendían que Jesús hablaba literal y explícitamente de Su sagrada carne; si Sus palabras hubiesen sido interpretadas 'en un sentido figurado,' como lo pretenden los Reformados y todos los Sacramentarios, difícilmente ellos hubiesen dicho que 'eran palabras duras,' o difíciles de comprender, o aceptar, y tampoco de haber sido una mera alusión memorial, ello hubiera causado que muchos se apartaran del Señor Cristo, abandonándole.

3. Pero, tal vez, algunos pudieran argumentar que, en tanto Jesús habló en un sentido figurado, Sus discípulos y los Judeanos tomaron Sus palabras literalmente. Esta objeción es fácil de rebatir. Sí; alguna vez sucedió, por cierto, que Nuestro Señor fue mal comprendido por Sus oyentes; pero, en tales ocasiones, Él siempre cuidó de remover de sus mentes toda impresión errónea, repitiendo Sus enseñanzas en lenguaje sencillo. Así, por ejemplo, al decirle a Nicodemo que 'excepto que un hombre nazca de lo alto, no puede ver el Reino de Dios' (Johann., III. 3;) al observar que estas palabras no eran entendidas por Nicodemo, Nuestro Salvador añadió: 'A menos que un hombre no nazca de lo alto del agua y del Espíritu Santo, no podrá entrar al Reino de Dios.' (Johann., III. 5.) Hablaba del Bautismo.

4. Pero, en esta instancia, ¿altera Cristo Su lenguaje cuando entiende que Sus palabras son tomadas en sentido literal? ¿Dice a Sus oyentes que Él está hablando en figuras? ¿Reviste Su asombrosa aserción con una fraseología más sutil? *Lejos de atenuar la fuerza de Sus palabras, repite lo que ya había dicho, y en lenguaje más enfático todavía, 'AMÉN, EN VERDAD OS DIGO, A MENOS QUE COMÁIS LA CARNE DEL HIJO DE DIOS, Y BEBÁIS SU SANGRE, NO TENDRÉIS VIDA EN VOSOTROS'* (Johann., VI. 54.) Entonces, al ver que los Judeanos y muchos de Sus discípulos hallaron en Sus dichos ocasión para apartarse de Él, o de abandonarlo, se volvió sobre Sí mismo, y dirigiéndose a los Doce escogidos, les dijo, '¿Vosotros también os iréis? Y Simón Pedro le respondió, 'Señor, ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes las palabras de Vida Eterna.' (Johann., VI. 68-69.) ¡Ah! Dejemos al incrédulo el grito de los Judeanos, '¿Cómo puede este hombre darnos a comer Su carne?'; y dejemos al hereje declarar, con los discípulos faltos de fe, 'Dura es esta palabra, ¿y quién puede escucharla?' Pero exclamad vosotros, mis hermanos, con todo fervor, como Pedro, 'Señor, ¿adónde iremos? Sólo Tú tienes las palabras de Vida Eterna.'

II. Hasta aquí hemos tratado la Promesa de la Eucaristía. Procederé ahora con el análisis de su Institución, que es narrada, casi con las mismas palabras, por San Mateo, San Marcos, y San Lucas. En el Evangelio según San Mateo, leemos lo siguiente: 'Y, en tanto cenaban, Jesús tomó el pan, y lo consagró, y lo partió, y le dio a Sus discípulos, diciendo: 'Tomad, y comed. Este Es Mi Cuerpo. Y, tomando el cáliz, dio gracias, y lo dio a ellos, diciendo, Bebed todos de ello. Pues ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA POR MUCHOS, PARA LA REMISIÓN DE PECADOS.' (Matth., XXVI. 26-28.)

1. Que se traiga a la mente el texto anterior, relativo a la Promesa, y se le compare con este. ¡Qué admirablemente concuerdan uno con el otro, como dos eslabones de una cadena! ¡Qué fielmente ha cumplido Jesús la Promesa hecha! ¿Puede alguna idea ser expresada en palabras más explícitas que estas, 'ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE? Y, ¿por qué esta doctrina de la Iglesia, fundada en la Palabra de Dios, y testificada por toda la Tradición, fue y es rechazada por los Reformados y Sacramentarios? ¿Acaso porque las palabras del Señor Cristo son oscuras y ambiguas? *De ninguna manera.* Simplemente, no comprenden cómo Dios puede obrar este asombroso milagro, el de dar Su Cuerpo y Su sangre como nuestro alimento sobrenatural. ¿Debería ser medido el infinito poder y misericordia de Dios por la estrecha regla de una comprensión finita, carnal? ¿Nada puede obrar el Todopoderoso, a menos de tener el permiso de la razón humana? ¿Debe algo ser declarado imposible, porque nosotros no podamos aceptar que sea posible?

2. ¿Acaso Dios no creó los cielos y la tierra de la nada, por el simple *Fiat* de Su Palabra? Un gran misterio. ¿Acaso no decretó el SEÑOR que este mundo girase, sin sostén alguno, en medio del espacio? ¿No transforma la mera semilla, sepulta y corrompiéndose en la tierra, en alimento reparador? ¿No alimentó a los cinco mil con cinco panes y dos peces? Misterio sobre misterio. ¿No hizo llover Maná de los cielos durante cuarenta años, para alimentar a los hijos del Viejo Israel en el desierto? ¿Acaso no tornó los ríos en sangre en la tierra de Gosén, en Egipto, y del agua hizo vino en las Bodas de Caná de Galilea? ¿Y diremos que el Dios que obró tales maravillas no puede hacer del pan y del vino Su Cuerpo y Su Sangre, alimento y medicina de inmortalidad, aún si contradecemos con ello la Sagrada Escritura?

3. Es, por cierto, un misterio que supera nuestra comprensión, solo apto a la fe invencible, pero, ¿acaso no es todo lo que nos rodea un misterio para nosotros? ¿Podéis explicarme cómo corre la sangre por las venas, dormidos, o despiertos? ¿Cómo anima el alma e impregna todo el cuerpo; cómo se mueve la mano apenas nuestra voluntad enciende su chispa? Que se me explique, aquí, ahora, el misterio de la vida y de la muerte. ¿No está la Biblia colmada de misterios? Creemos en la Trinidad, un misterio no inaccesible a la fe, mas que parece contrario a la mente profana. Confesamos la Encarnación, y que el Infante de Belén es, verdaderamente, Dios y Hombre. Podemos comprender que los agnósticos, o los racionalistas, o las víctimas ignorantes de la filosofía atea y masónica que la Revolución ha expandido por doquiera luego de la Segunda Guerra Mundial, duden o nieguen la Presencia Real; pero que Cristianos que se dicen *Bíblicos* lo hagan, esto nos resulta indescifrable. ¿Puede la fe verdadera, aún cuando se ejerza en una doctrina mutilada y herética, no recibir la gracia de la comprensión sobre el Cuerpo y la Sangre de Cristo? '*Este Es Mi Cuerpo; Esta Es Mi Sangre.*' Escrito está.

4. Tal el resultado de la distorsión de la Palabra de Dios de parte de los indoctos y los inestables de los cuales habla San Pablo. Pasaron unos pocos años y los Novadores, así llamados 'Reformadores,' terminaron por rechazar la doctrina Cristiana y Católica de la Palabra de Dios, enseñada y creída desde el principio de la Iglesia Apostólica, como lo testifica, por ejemplo, San Irineo de Lyon, discípulo de Papías, que lo fue del Vidente de Patmos, el Apóstol San Juan; pasaron unos pocos años, y ya entre las distintas sectas Reformadas se habían dado no menos de ochenta significados distintos a esas palabras inconfundibles: '*Este Es Mi Cuerpo. Esta Es Mi Sangre.*' El mismo Lutero, responsable de la abominación de quitar subrepticamente el Canon de la Misa, y con ello el Sacrificio continuo (*Daniel*, VIII. 14,) del que *Malaquías* (I. 11,) profetiza sería ofrecido por todo el mundo; 'No hay lugar en el mundo donde no se Me exalte entre las naciones; donde no Se me ofrezca Sacrificio, y una oblación pura no sea hecha a Mi Nombre; así se Me reverencia entre los Gentiles, dice el Señor,'\* murió consternado al ver que los Sacramentarios, por la felonía de su ex asociado Melancthon, terminaron imponiendo su falsa doctrina aún entre los Luteranos, unos pocos de los cuales conservaban, al menos, el dogma de la Presencia Real y de la Elevación y Adoración del Sacramento, lo cual fue, más tarde, suprimido por el partido dominante de los Filipistas.\*\* Aquí se demuestra con la mayor evidencia, mis amigos, cuanto más fácil es destruir que reconstruir; y cuanto más fácil derribar que edificar.

\* Este versículo, como varios otros, ha sido miserablemente alterado en las versiones Bíblicas provenientes de la Reforma.

\*\* Ver mis, '*Cartas Provinciales*,' en <http://viejocatolicos.webs.com/BROUSSAIN%20-%20CARTAS%20PROVINCIALES.pdf>

5. Según una regla común observada en la interpretación del Santo Escrito, debe siempre tomarse el sentido literal, a menos que algún motivo específico nos disponga a tomarlo en sentido figurado. Ahora bien, en nuestro caso, las palabras y las circunstancias que hacen a su manifestación, son tan llanas y literales, que no hay lugar para figuras, o tropos; pues, ¿cuándo, dónde y a quiénes dirigió nuestro Salvador estas palabras? En la Última Cena, en la misma víspera de Su Santa Pasión y Muerte. Ellas fueron Su última voluntad y Testamento. Podemos entrever con qué amoroso y paciente cuidado Jesús escogió aquello que habría de decir, en tanto esperaba que los Suyos lo continuaran repitiendo hasta el Fin del Mundo. Debió sopesar cada una de las palabras con sabia ternura y rigor viril. Sin hesitar, sin expresiones que pudiesen confundir. No hubo hora más solemne. No puede haber existido la menor improvisación aquí - se trata del Dios-Hombre. Por otra parte, ¿cuándo, mas en el momento de su agonía y próxima muerte, dice una persona sus palabras más claras, y definitivas? Cristo hablaba a Sus discípulos escogidos, a quienes había prometido poco antes ya no expresarse en Parábolas ni con términos oscuros, mas abierta y claramente. Su declaración, '*Este Es Mi Cuerpo; Esta Es Mi Sangre*,' presentó un desconocido dogma de fe, que todos se obligaban a aceptar. ¿Cuál lenguaje debía ser más

claro, sino aquel que define un nuevo artículo de fe? Todo teólogo lo sabe bien. ¿Cuáles palabras deben estar más libres de tropos y figuras, sino aquellas que imponen a la fe una nueva doctrina del cielo? Ahora bien, si entendemos las palabras del Divino Maestro en el sentido que la Iglesia 'siempre, cuandoquiera, y por todas partes' le ha otorgado, entonces nos resulta imposible darles otro significado; y ellas se nos muestran simples, e inteligibles. Pero si nos apartamos de su significado correcto, entonces no es posible adjudicarles ningún otro sentido inteligible.

III. Continuaré, ahora, con la tercera clase de textos Escriturales que se vinculan *al uso del Santísimo Sacramento entre los fieles*. Cuando el Señor Cristo instituyó la Eucaristía en Su Última Cena, mandó a Sus Apóstoles y sucesores a repetir, hasta el Fin del Mundo, —el fin del tiempo, —en memoria de Él, el rito que Él mismo estaba llevando a cabo. 'Lo que Yo he hecho, hacedlo desde ahora vosotros, en memoria de Mí.' ¿Qué harían los Apóstoles en conmemoración de Nuestro Señor? ¿Consagrarían y distribuirían mero pan, mero vino? ¿O, luego de la consagración, distribuirían a los fieles el Cuerpo y la Sangre de Cristo? Si ellos hubiesen dicho que daban solamente pan y vino en memoria del Señor en la Santa Comunión, entonces la interpretación católica pierde significado. Por el contrario, observamos que los Apóstoles, y sus sucesores, los Obispos y Presbíteros, desde el siglo primero hasta ahora, en los altares del Remanente, profesan y confiesan consagrar y distribuir el Cuerpo y la Sangre de Cristo; y lo hacen así por el mandato expreso de Nuestro Reparador; y entonces solamente la doctrina católica y ortodoxa es admisible.

1. Que San Pablo sea nuestro primer testigo. Imaginaos, por un momento, ser parte de la Iglesia naciente, de la Congregación reunida en Corinto, durante los días del Apóstol. Se lee, en voz alta, una carta de él, que está ausente. En ella se dice: 'El cáliz de bendición que consagramos, ¿no es la comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que compartimos, ¿no es la comunión con el Cuerpo del Señor? Porque yo recibí del Señor esto mismo que ahora os confiero; que el Señor Jesús, la Noche en que fue entregado, tomó el pan, y, dando gracias, le partió, y dijo, 'Tomad, Comed. Este Es Mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de Mí.' Del mismo modo consagró el cáliz, después de haber cenado, diciendo: 'Este cáliz es el Nuevo Testamento en Mi Sangre; haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria de Mí. Pues cada vez que comáis de este pan, y de este cáliz bebáis, la muerte del Señor anunciaréis, hasta que Él vuelva. Por lo tanto, quienquiera coma de este pan, o beba de este cáliz indignamente, culpable será del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Que cada uno se ponga a prueba; que de este pan coma, y que beba de este cáliz. Pues el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio de condenación sobre sí mismo, al no discernir el Cuerpo del Señor.' (I Cor., X. 23-30.)

¿Hubiese podido San Pablo expresar más nítidamente su fe en la Presencia Real, que del modo en que aquí lo hace? El Apóstol claramente afirma que el cáliz y el pan que él y los otros Apóstoles y Presbíteros consagran es la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. ¡Y, con seguridad, nadie podrá decir que comulga el Cuerpo y la Sangre de Cristo por el comer un mero pan, o beber de una copa de vino! Las palabras del Apóstol son: 'Quienquiera coma de este pan, o beba de este cáliz indignamente, culpable será del Cuerpo y de la Sangre del Señor.' ¡Horrible crimen! y, sin embargo, qué frecuente. Por estas palabras nos dice que quien recibe la Santa Comunión indignamente, será culpable de una traición semejante a la de Judas, y de haber derramado la sangre de su Señor en vano. Pero, ¿cómo sería este culpable de tan grande crimen, si hubiese tomado en el Santísimo Sacramento sólo una partícula de pan, y una breve libación de vino? San Pablo jamás hubiese tenido esta temeridad; la de declarar a un hombre culpable de agraviar la Sangre de su Salvador, por el simple beber algo de vino indignamente.

'Pues el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio de condenación sobre sí mismo, al no discernir el Cuerpo del Señor.' El comulgante indigno [incrédulo, hereje, o pecador pertinaz, sin contrición,] es convicto por no reconocer, o por no discernir, en la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre del Señor. Ahora, 'Pues el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio de condenación sobre sí mismo, al no discernir el Cuerpo del Señor.' De este modo, si las palabras de San Pablo debieran entenderse figuradamente, se trataría de una distorsión de vocablos, forzados, y exagerados sin el menor equilibrio. Pero si los tomamos literalmente, están plenos de sentido y significancia abundante y precisa.

Los Padres de la Iglesia, sin excepción, hacen eco a San Pablo al proclamar la Presencia Real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del Altar. Y esta presencia Real desde el momento de la consagración. Así Justino Mártir (*Primera Apología*, 66;) Ireneo (*Adversus Haereses*, V. 2.3;) Gregorio de Niza (*Gran Catecismo*, 37;) San Juan Crisóstomo (*Hom. I, de prod. Judæ*, n. 6,) y San Juan Damasceno (*De Fide Orth.* IV. 3) sostienen la doctrina.

2. La comunión es la recepción actual del Cuerpo y la Sangre de Cristo, bajo las apariencias del pan y del vino. Nuestro Señor dio la comunión bajo ambas especies a los Apóstoles, en la Última Cena, cuando efectuó la institución del Sacramento. Del mismo modo los Apóstoles, y sus sucesores, deberían darla a los santos, y elegidos, y fieles. Esto queda muy claro en las palabras que el Apóstol Pablo dirige a la Congregación de los Corintios, 'El cáliz de bendición que consagramos, ¿no es la comunión de la Sangre del Señor? Y el pan que distribuimos, ¿no es la comunión del Cuerpo del Señor?' Y, luego de exhortarles a huir de los sacrificios a los ídolos, añade, 'No podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios; no podéis ser comulgantes en la mesa del Señor, y en la de los demonios.' Y para que no quede duda, dice San Pablo: 'Por tanto, pruébese cada

hombre a sí mismo, y coma así del pan, y beba del cáliz.' Los Romanistas, luego del siglo doce y seguramente desde el quince, de moto autoritativo, han suprimido el cáliz a los fieles, empleando, para ello, argumentos muy débiles, tales como el cuidado 'por no derramar la Sangre de Cristo en un accidente;' o 'que no disminuya el número de comulgantes a causa de que todos beben de un mismo cáliz.' ¿Dónde queda aquí la fe en el Señor que gobierna a Su Iglesia? Tras veinte años de Ministerio dando el cáliz a los fieles, jamás, por la gracia de Dios, hemos debido padecer tales eventos, ni hemos escuchado de otros que los hayan sufrido. Los Romanos argumentan que, a causa de la unión hipostática, si la Hostia consagrada es el Cuerpo de Cristo, junto al Cuerpo recibimos no sólo Su divina sangre, mas al *Totus Christus*. Aún concediéndolo, debemos respetar la Institución del Sacramento, tal como Cristo lo instauró, y así ha quedado registrado en la Palabra de Dios, y confirmado por la Tradición: *y no someter el hecho objetivo formalizado por Cristo, a argumentos racionalistas*. Entre otras amonestaciones, los Patriarcas Orientales, en su Encíclica de 1848 han señalado este grave error a la Iglesia de Roma, el de retirar el cáliz a los fieles, como el imponer tardíamente el celibato obligatorio; y otros más delicados aún, como el cambio del Credo en cuanto a la procesión del Espíritu Santo, pisoteando las decisiones y el común sentir de los Padres Apostólicos y de los Concilios Generales de la Iglesia Católica y Ortodoxa.

*Johann.*, VI.54. 'El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene vida eterna; y Yo le resucitaré en el último día.

*Matth.*, XXVI. 27. 'Y tomando el cáliz, le consagró, y lo dio a ellos, diciendo: Bebed todos de él.

*Luc.*, XXII.17. 'Y tomando el cáliz, dio gracias, y dijo: 'Tomad, y distribuidlo entre vosotros.'

*Luc.*, XXII. 18. 'Porque os digo, que no beberé más del fruto de la vid *con vosotros*, hasta que venga el Reino de Dios.'

*Luc.*, XXII. 19. 'Y habiendo tomado el pan, dio gracias, y lo partió, y les dio, diciendo: 'Éste Es Mi Cuerpo, que es dado por vosotros; esto haced en memoria de Mí.'

*Luc.*, XXII. 20. 'Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: 'Este cáliz es el Nuevo Testamento en Mi Sangre, que será derramada por vosotros. *Bebed todos de él*.'

*Johann.*, VI. 54. 'Y Jesús les dijo: 'Amén, en verdad os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis Su sangre, no tendréis vida en vosotros.'

Todos estos versículos, y los ya citados, son *sedes doctrinae* sobre el dogma del Sacramento del Altar.

3. La comunión pública bajo ambas especies, *sub utraque specie*, fue el uso de la Iglesia Apostólica. A tal punto, que aún en Occidente, el Obispo de Roma, Gelasio, en el siglo quinto, ordenó que la práctica de comulgar con las dos especies tuviese fuerza de ley. Esto, a causa de que la secta impía de los Maniqueos se abstenía del cáliz, aduciendo que el uso del vino era pecaminoso. Gelasio, para evitar y detener la expansión de esta herejía, enfatizó que los fieles *deben comulgar bajo ambas especies*, como era la práctica de los santos Apóstoles, y así da testimonio I *Corintios*, XI. 28, ya mencionado. Aún más, Gelasio no admitía que la referencia breve en *Hechos de los Apóstoles* (II. 46,) probase nada en contrario. Esta disposición continuó vigente para la Iglesia Romana por varios siglos, pero ya en el siglo trece comenzó una práctica diversa, y, por causas difíciles de comprender, el Concilio local de Constanza convino en divulgar una 'nueva ley,' en el año 1414, determinando que los fieles comulgaran tan sólo bajo la especie del pan. Más allá del porqué de esta peregrina decisión del Concilio, ella no tiene sustento ni en la Sagrada Escritura, ni en la Tradición.

4. El Concilio de Basilea, en 1433, garantizó el uso del cáliz a los Católicos de Bohemia, más tarde conocidos como Husitas. En 1564, Roma admitió la petición del Emperador Germano para que, en sus dominios, el cáliz fuese dado a los fieles. Pío IV autorizó a los Obispos Alemanes para que el uso apostólico continuase en sus diócesis. 'Excepto que comáis la Carne del Hijo del Hombre, y bebáis Su Sangre, no tendréis la vida en vosotros,' *Johann.*, VI. 54. Desde que obedece a la Institución de Cristo, la comunión bajo ambas especies es de precepto divino. El Concilio de Constanza, cayendo en el error, negó esto; que luego fue corregido, aunque parcialmente, según lo hemos mencionado, en el Concilio de Basilea. Por lo tanto, debemos confesar y enseñar, que la comunión *sub utraque*, al ser símbolo perfecto de una refección completa, cuenta con un grado pleno de gracia sacramental, la cual no posee la comunión en una especie; en otras palabras; que *por Institución divina* hay una doble causalidad o dos diversas líneas de causalidad en la Eucaristía, que se corresponde a los dos modos de recepción (la de la hostia, y la del vino,) y que ambas líneas se requieren para la plenitud de los frutos del Sacramento. Varios teólogos Romanos concuerdan con ello, por ejemplo *Vásquez*, (en III, Q. lxxx, a.12, disp. ccxv, c.ii,) *De Lugo* (*De Sac Euch.* disp. xii, iii, 68 sq.,) *los Salmaticenses* (*De. Euch. Sac.*, disp. x, 52 sq.) Ellos sostienen que, *per se*, la comunión bajo ambas especies confiere una gracia plena, lo cual no sucede al comulgar en una sola especie, y se admite, así, que la disciplina de la misma Iglesia pre-conciliar impide esta oportunidad de gracia más abundante en beneficio de los fieles.

5. Para otra circunstancia quedará la mención de la tinción de la Hostia, relativa a la reserva del Sacramento, cuando éste debe ser llevado a los enfermos y moribundos, en condiciones desfavorables. La *inctinctio panis* se practica, o bien sumergiendo el pan santo en el vino consagrado, o bien tocando la Hostia con un utensilio litúrgico, portador de una gota o gotas de la Sangre divina.

6. En tanto, mis hermanos, exhorto a todos a venir a la Santa Comunción, en todo tiempo, para comer el Cuerpo y beber la Sangre, tal como fue instituido por el mismo Señor Cristo, con tales gracias de fe, esperanza, y un amor fervoroso, con tal humildad, reverencia, y pureza de conciencia, que vuestras almas puedan ser generosamente sostenidas por esta comida divina y dadora de vida; y así, que vuestros corazones, fortalecidos y renovados por la Palabra y los Sacramentos, puedan comprender el cumplimiento y plenitud de aquellas alentadoras palabras de Nuestro Salvador, 'Mi Carne verdaderamente es comida, y Mi Sangre verdaderamente bebida.' Quiera el Señor hacernos humildes y darnos sabiduría. *Amén.*

Y ahora a DIOS el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO, sean dados todo honor y toda gloria, ahora y para siempre. *Amén.* Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. *Amén.* *Y amén.*

## SOLI DEO GLORIA

*Emitte Agnu, Domine, dominatorem terræ, de Petra deserti ad montem filiæ Sion. Esaías xvi.1*

\* \* \* \* \*